

ALFONSO GÓMEZ MORENTÍN, CONFIDENTE Y AMIGO DE FRANCISCO VILLA

DOS BUENOS AMIGOS: VILLA Y ÁNGELES
Cuando se les veía discutir, era que el uno
no aceptaba la táctica militar del otro

CAPÍTULO III

—*¡Como codornices, muchachos!* —ordenó el general Francisco Villa a sus soldados al salir de la región de San José del Sitio para emprender la marcha hacia el sur.

Y empezaron las marchas —las grandes marchas que hicieron famoso a Pancho Villa— de un pueblo a otro pueblo, devorando legua tras legua.

El general caminaba a la vanguardia, aunque de vez en cuando se detenía para ver pasar a su gente, fijándose en todos los detalles.

El convencionismo

Durante el tiempo que sus muchachos habían descansado, los espías le habían proporcionado toda clase de informes sobre los destacamentos federales o de defensas sociales. Así sabía el número de soldados de guarnición en cada pueblo, las municiones de que disponían los federales y la condición moral en que se encontraban.

Durante la marcha no dejaba de recomendar a sus lugartenientes:

—*Cuiden mi gente, mi caballada y mis municiones; que no están los tiempos para desperdiciar elementos.*

Poco más de un mes duró la campaña en el norte de Durango. El éxito había sido completo. Las fuerzas revolucionarias regresaron a la región de San José del Sitio, casi sin haber lamentado pérdidas de vida y, en cambio, trayendo grandes elementos para continuar la guerra de guerrillas.

Cuando al llegar a San José del Sitio el general dio órdenes para que inmediatamente se procediera al fraccionamiento, Villa indicó a sus lugartenientes que el próximo lugar de reunión sería en un sitio muy cercano a la ciudad de Chihuahua.

—*La próxima campaña, cuando esté aquí el general Ángeles, la empezaremos en Ciudad Juárez* —dijo el guerrillero a Alfonso Gómez Morentín.

Gómez Morentín, que creía que al llevarse a cabo el fraccionamiento de las fuerzas villistas recibiría órdenes para marchar a Nueva York, fue en esta ocasión detenido por el general Villa.

—*Gomitos* —dijo el general—, *como mi gente se volverá a reunir hasta dentro de dos meses y medio, bien te queda tiempo para que me acompañes unas semanas en la sierra, mientras que llega Trillito a la capital.*

Y por primera vez, Gómez Morentín tuvo la oportunidad de acompañar a Villa, durante el tiempo de fraccionamiento.

EN LAS GOTERAS DE CHIHUAHUA

Villa quedó en la sierra solamente acompañado de Morentín y de cuatro hombres más.

Tres o cuatro días después de haberse fraccionado los rebeldes, el general ordenó a sus acompañantes que ensillaran los caballos para marchar. Por los caminos más extrañados, los que recorría casi con los ojos cerrados, el general anduvo por varios días.

José C. Valadés

Después de pernoctar en una humilde choza abandonada en la mitad de la sierra, el general le dijo a Gómez:

—*Gomitos, estamos a una jornada de Chihuahua y mañana estaremos casi a las puertas de la ciudad.*

Y en efecto, al día siguiente en la tarde, el grupo hizo alto en un pequeño poblado casi en las goteras de la ciudad Chihuahua.

El general era ya esperado en la casa de uno de los vecinos del pueblo, desde cuya parte más alta se podían ver las luces de la capital del estado. Después de un breve descanso, el guerrillero ordenó al dueño de la humilde casa que diera unas cobijas a uno de sus asistentes, y se internó en el monte.

Aun cuando su gente se encontrara ocupando un pueblo, el general Villa nunca dormía dentro del poblado. Ya entrada la noche, y seguido de varios asistentes, salía del lugar para dormir en el bosque.

Aquella noche no invitó a Gómez Morentín, como en otras ocasiones para que lo acompañara, diciéndole:

—*Gomitos, aquí todos son de mucha confianza, así que puedes quedar durmiendo a gusto en esta casa.*

Al día siguiente, a las cinco de la mañana, Gómez fue despertado por Villa, quien le dijo:

—*Ándale, Gomitos, que tenemos mucho que hacer.*

Gómez no pudo detener su curiosidad y preguntó al guerrillero quiénes eran los habitantes de aquel pueblo en cuyos brazos se entregaba tan confiadamente.

Sonriente, le respondió Villa:

—*Abí donde ves, toda esta gente pertenece a Albino Aranda y ahora está descansando aquí y cuidando esta puerta de Chihuahua...*

Enseguida, el general hizo saber a Gómez que quería hacer algunas cuentas de gran importancia.

Villa le reveló que todas las compañías mineras del estado de Chihuahua le daban anualmente una cantidad fija con la condición de que sus propiedades no fueran molestadas por los revolucionarios.

Por este concepto, las entradas que tenía el general eran de cerca de un millón de pesos al año.

—*Así caminamos bien —explicó Villa—, porque con esta contribución de guerra y lo que le quitamos a los carrancistas, podemos continuar la campaña por toda la vida.*

El convencionismo

El general llevaba en la memoria las cantidades de cada compañía le había entregado y las cantidades que también le adeudaban.

Tres días permaneció Villa en el poblado, sin preocuparse de que lo vieran los lecheros y carboneros que constantemente pasaban por ahí con rumbo a la ciudad de Chihuahua y respetuosamente le saludaban.

Durante el último día, recibió a un sinnúmero de espías que llegaban de diferentes poblaciones de Chihuahua, para informarle las actividades de los federales.

Ese mismo día dictó varias cartas a Gómez Morentín, diciéndole luego:

—*Gomitos, alístate para que hoy en la noche salgas para los Estados Unidos. Te vas hasta Nueva York y le dices a Ángeles que se venga contigo. Te lo traímos hasta El Paso. Y ahora te voy a decir lo que voy a hacer; te lo guardas como secreto y no se lo vayas a contar ni a la almohada: Voy a tomar Ciudad Juárez y ahí esperaré a Ángeles. No se lo digas ni a mi general, que le quiero dar una sorpresita. Es un hombre que merece cruzar la línea con los honores correspondientes a su rango. ¿No ves que es muy apgado a la ordenanza?*

Horas después, Gómez Morentín se encontraba en marcha hacia el norte, después de haber recibido esta última orden:

—*Tienes que estar en El Paso dentro de cuatro semanas: ese mismo día entraré a Ciudad Juárez.*

EL GENERAL ÁNGELES CRUZA LA FRONTERA

Gómez Morentín cruzó la frontera americana por un punto cercano a Ojinaga, de donde se dirigió en automóvil hasta Alpine, Texas, población en la que tomó el tren para Nueva York.

Dando varias muestras de satisfacción, el general Felipe Ángeles recibió la invitación del general Villa para trasladarse a territorio mexicano y unirse a las fuerzas revolucionarias.

En la primera semana de diciembre de 1918, conforme a las órdenes del general Villa, Gómez Morentín, acompañando al general Ángeles, llegó a El Paso.

Inmediatamente se puso en contacto con los agentes villistas, quienes ignoraban, o, cuando menos, dijeron ignorar, el lugar donde Villa se encontraba. Sin embargo, veinticuatro horas después de la llegada de Ángeles a la

José C. Valadés

ciudad fronteriza, los periódicos de El Paso, con grandes caracteres, informaban que había fracasado un ataque a Ciudad Juárez que el guerrillero había preparado hábilmente.

Según las informaciones de los periódicos de El Paso, el general Villa había pretendido repetir la hazaña realizada en 1914 cuando a bordo de un tren lleno de revolucionarios llegó hasta el centro de Ciudad Juárez, sorprendiendo a la guarnición federal.

En 1918, el general Villa, al frente de dos mil tantos hombres habían caído inesperadamente sobre Villa Ahumada, tomando por asalto do trenes que se dirigían de Juárez al sur.

Villa había embarcado la gente para marchar sobre la plaza fronteriza, cuando avistó un tercer tren de carga. El maquinista de este tren se dio rápidamente cuenta de la situación y emprendió la fuga, llegando a Ciudad Juárez y dando parte a las autoridades militares de la presencia del guerrillero en Villa Ahumada.

Viéndose descubierto, Villa abandonó el plan, retirándose hacia el sur del estado de Chihuahua donde cayó sobre varias poblaciones de importancia.

Al tener confirmación de la retirada del general hacia el sur de Chihuahua y recibir órdenes para cruzar la frontera sur de Ciudad Juárez, Alfonso Gómez Morentín puso corriente al general Ángeles del proyecto que Villa había tenido.

Dos días después, el 12 de diciembre de 1918, el ex director del Colegio Militar y Gómez Morentín se internaban en territorio mexicano, dirigiéndose a un punto llamado Cuchillo Parado, que se encontraba ocupado por las fuerzas de Albino Aranda. De Cuchillo Parado, Gómez envió un propio al general Villa, informándole que el general Ángeles se encontraba esperándolo ya en territorio mexicano.

EL ABRAZO DE TOSESIHUA

Poco después de tres semanas, Gómez Morentín recibió aviso de que Villa esperaba a Ángeles en Tosesihua, Chihuahua.

Cuando Villa y Ángeles se vieron, ambos abrieron los brazos y, estrechándose fuertemente, los dos exclamaron:

—*Mi general!...*

El convencionismo

—*Mi general, esta guerra de guerrillas le ha sentado bien a usted* —dijo Ángeles a Villa, desprendiéndose de sus brazos.

—*Mi general, esa vida de Nueva York le ha sentado bien* —respondió el guerrillero.

—*No se crea, mi general* —dijo Ángeles—, *esa vida cómoda de buen burgués me ha hecho mucho daño para la campaña; me siento caballero de salón; traigo el cuerpo entumecido, y desde que crucé la línea vengo sintiendo los rigores del invierno que no sentía durante la última campaña que hice a su lado.*

—*Pos mi general* —contestó Villa, sonriente—, *ya sabe que tiene a su disposición buenos caballitos, y como aquí estaremos todo el tiempo que usted disponga, ya puede irse desentumiendo...*

—*Mi general, montaré y haré gimnasia todos los días, pero antes que todo quiero hacerle saber que he venido para ponerme a sus órdenes y que, en consecuencia, es usted el que manda* —dijo el recién llegado.

—*Bueno, bueno, mi general; usted me organiza a la gente y mientras que la organiza, yo seguiré jugando con los changuitos. ¿Qué le parece?*

—*Lo que usted mande, mi general.*

Villa tomó del brazo a Ángeles y lo llevó hasta un lugar apartado, donde estuvieron platicando animadamente durante varias horas.

Mientras los dos generales conferenciaban, Gómez Morentín supo por boca de Jaurrieta y Trillo del resultado de la aventura en la Ciudad de México. Jaurrieta platicó que, conforme a las órdenes del general, habían comprado un mesón en Tacubaya y habían salido a excursionar por los pueblos cercanos a la Ciudad de México como compradores de caballos y mulas.

Un mes había sido suficiente para que lograran acreditar el establecimiento y, según Jaurrieta, la presencia del general Villa en plena capital no hubiera sido descubierta sino hasta el momento de la aprehensión del presidente Carranza.

—*Todo estaba listo; hasta habíamos mandando hacer los cincuenta uniformes de los guardias presidenciales* —dijo tristemente Jaurrieta.

EJERCICIOS PARA ADELGAZAR

Desde el día siguiente de la llegada del general Ángeles a Tosesihua, la vida del campamento sufrió una verdadera transformación.

José C. Valadés

Ante los doscientos y tantos revolucionarios que se encontraban en el rancho, el general Ángeles hizo que el general Villa corriera. Sin hacer protesta alguna, el guerrillero obedecía al pie de la letra sus órdenes.

—*A ver, mi general, ahora vamos con la carrera de cincuenta metros... Como si fuera usted cadete... Necesita usted adelgazar... Aquí está la línea de arranque...*

Y Ángeles, a grandes pasos, medida los cincuenta metros, parando un soldado al final de la pista, y volviendo al guerrillero, agregaba:

—*Apriete bien los labios; todo el ejercicio con las piernas; haga todos los menores movimientos con el cuerpo para no fatigarse; con los hombros a plomo, mi general, como cuando monta a caballo... Ahora, uno, dos, ¡y tres!...*

Sonriente y obedeciendo como un niño, el guerrillero emprendió la carrera; el general Ángeles lo seguía muy de cerca, ordenando de vez en cuando:

—*No pierda el paso, mi general... Una, dos, una, dos...*

La primera vez el guerrillero se detuvo a la mitad de la carrera. Volvió la vista hacia los oficiales y soldados que atentamente le miraban. Nadie se movía; todos parecían estar sorprendidos de ver al general obedeciendo al pie de la letra las indicaciones del ex director del Colegio Militar.

—*¿Qué le pasó, mi general?* —le preguntó en tono de reproche el general Ángeles al ver que se detenía, añadiendo: —*Ya sé que se cansó.*

—*Cansarme, mi general? Cansarme?* —contestó el guerrillero con viveza, reemprendiendo la carrera.

—*Apriete los labios, mi general; todo el ejercicio con las piernas* —repitió Ángeles al reemprender Villa la carrera.

El general Villa renqueaba un poco de vez en cuando; claramente se veía que hacía esfuerzo por llegar victorioso a la meta. Cuando llegó hasta el fin de la improvisada meta, exclamó radiante:

—*Bueno, mi general, ¡hasta que me han hecho correr!...*

Los dos generales rieron de muy buena gana y, tomados del brazo como dos buenos camaradas, regresaron paso a paso.

Después de la primera carrera, el general miró las caras de sus ayudantes y soldados, y, satisfecho, seguro de haber probado que a pesar su enorme cuerpo de campesino era ágil, aceptó correr parejas con el general Ángeles.

Así fueron sucediéndose los días y el general Villa demostraba en toda lección que hacía grandes progresos, no pudiendo ocultar su alegría cuando Ángeles le decía:

—*Mi general, tiene usted la resistencia de un cadete del Colegio Militar..*

El convencionismo

LOS PLANES DE ORGANIZACIÓN

Cuando terminaba la clase del general Villa, el ex director del Colegio de Chapultepec hacía que todos los oficiales se colocaran en la raya de arranque de la improvisada pista y los hacía correr, primero cincuenta metros, y después cien. Ángeles, incansable, seguía dando clase de gimnasia a los soldados.

El guerrillero no lo perdía de vista y en alguna ocasión tomaba participación directa en el ejercicio. Después de la clase, los dos generales, casi siempre seguidos de varios ayudantes y amigos, se sentaban bajo un sencillo tejado del pueblo. Ángeles explicaba entonces a Villa cómo pretendía organizar las filas del Ejército Reconstructor Nacional.

El nuevo ejército revolucionario –según el proyecto de Ángeles– estaría formado por tercios y cabalgatas, en vez de escuadrones y regimientos. Villa escuchaba atentamente los planes, limitándose a hacer un único comentario:

—*Mi general, usted sabe más que yo en cuestiones de leyes.*

Los días trascurrían pacíficamente en el campamento mientras llegaba la hora de reiniciar la campaña. Las actividades eran cada vez mayores bajo la dirección y el entusiasmo de Ángeles.

ÁNGELES QUERÍA UN MÉXICO NUEVO

No habían pasado más de tres semanas, cuando Villa y Ángeles tuvieron un fuerte choque que por de pronto hubo de interrumpir los ejercicios que el guerrillero hacia todos los días en la mañana.

Desde su llegada a Tosesihua, el general Ángeles hablaba con vehemencia sobre los progresos de los Estados Unidos. Muchos y grandes eran los elogios que hacia del pueblo americano, y solía decir:

—Cuando triunfemos, debemos modernizar a nuestro país; hay que arrancarle todas esas viejas tradiciones que nos hacen vivir medio siglo atrás de la civilización; nuestra tarea debe empezar por arrancar los prejuicios de sexos; esos hogares de un tipo arcaico que abundan en el país, los debemos transformar como los han hecho los americanos... La familia debe constituirse por entendimiento, y no por costumbre....

El general Villa parecía no dar importancia a las palabras de Ángeles, hasta que una noche dijo con energía:

José C. Valadés

—Mi general, por lo que parece, usted se me ha agringado... Mire, mi general, vamos derrocando a Carranza y luego dejaremos que el pueblo resuelva por sí mismo sus destinos.

—Pero, mi general —contestó Ángeles con serenidad—, *¿no cree usted que desde ahora debemos ir dando a conocer los propósitos de la revolución? Creo, mi general, que debemos levantar la bandera de un México nuevo; si no, vamos a caer en los mismo errores del carrancismo, que no han lanzado una Constitución sin preocuparse por la revolución de la mentalidad de nuestro pueblo.*

El general Ángeles parecía un conferencista, y así disertó por más de una hora. Villa lo dejó hablar, haciendo este final comentario:

—Mi general, todo está bueno menos que agringue usted a mi pueblo...

PRIMERO DERROCAR A CARRANZA

Al día siguiente, el general Villa pretextó hacer una exploración y en las primeras horas salió de Tosesihua, volviendo hasta ya entrada la noche.

Como oyera que el general Ángeles continuaba dando conferencias a un grupo de oficiales, Villa, discretamente se escurrió de la reunión, diciendo al oído de Trillo y Gómez Morentín:

—No se me vayan a agringar también ustedes...

El último día que los revolucionarios estuvieron en Tosesihua, un fuerte choque ocurrió entre Ángeles y Villa, al que éste puso punto final, diciendo:

—Mire mi general, vale más que no hablemos más de este asunto. Soy amigo del pueblo americano, pero quiero que antes que todo derroquemos a Carranza y luego dejemos que nuestro pueblo obre conforme a su voluntad...

Los planes de la nueva campaña, discutidos serenamente entre Villa y Ángeles, mientras la pequeña columna revolucionaria se movía lentamente hacia el occidente, hicieron renacer la armonía entre los dos jefes.

La armonía, sin embargo, duró poco tiempo; la táctica del militar y la audacia del guerrillero fueron la causa de un definitivo distanciamiento.

Durante la marcha de la columna revolucionaria a las órdenes directas del general Villa desde Tosesihua hasta la sierra de Santa Gertrudis, el general Ángeles dijo a Gómez Morentín:

—Yo no entiendo la tácticas de mi general Villa... ¿En qué código militar se encuentran señaladas esta clase de marchas? Mire, Gómez, he leído las leyes militares

El convencionismo

de todos los países y en ninguna he encontrado algo que indique que las tácticas de mi general Villa son con apego a lo que han dispuesto los grandes técnicos y generales...

En la marcha hacia la sierra de Santa Gertrudis, el general Villa desaparecía por días enteros, yendo algunas veces hacia el sur, otras hacia el norte y por fin, pareciendo retroceder el camino andado. Pocas veces se reunía al grueso de la columna y cuando lo hacía era siempre para informar al general Ángeles sobre los movimientos de los federales y era entonces cuando ambos jefes discutían planes.

Los dos generales siempre platicaban solos y aunque algunas veces llegaban con los oficiales que los seguían a cierta distancia alguna que otra palabra dicha con tono enérgico por el general Villa, jamás se supo de qué hablaban.

Al llegar a la Sierra de Santa Gertrudis, habiendo logrado felizmente evitar todo contacto con los federales al mismo tiempo que borrando todas las huellas de la columna, Ángeles y Villa celebraron una larga conferencia con los lugartenientes del guerrillero. En esta conferencia, los dos jefes empezaron a disentir abiertamente sobre la táctica que debería adoptarse en la campaña.

Mientras que el general Ángeles sostenía que debería atacarse las plazas fuertes que presentaran ventajas, el general Villa insistía en continuar la guerra de guerrillas durante unos cuantos meses más hasta contar con los elementos suficientes para emprender una ofensiva formal.

Los generales llegaron al fin a ponerse momentáneamente de acuerdo al aprobarse que la guerra de guerrillas continuara hasta el mes de abril de 1919. En abril se procedería al fraccionamiento para dar descanso a la gente y a la caballada, al mismo tiempo que para hacerse de más pertrechos, y en junio se iniciaría la ofensiva atacando Chihuahua o Ciudad Juárez.

Durante la campaña de marzo y abril, Villa y Ángeles permanecieron en la sierra, mientras los revolucionarios a las órdenes de Martín López atacaban las plazas de poca importancia, dedicándose especialmente a caer sobre los pequeños destacamentos de defensa sociales, o federales.

En los últimos días de abril la concentración se llevó a cabo a unas cuantas leguas al sur de la ciudad de Chihuahua. Con mil quinientos hombres perfectamente armados y municionados, avanzaron por tierra hacia el norte.

Los revolucionarios pasaron rozando los suburbios de la ciudad de Chihuahua, provocando una gran alarma a la guarnición federal, que parecía estar muy ajena a la proximidad de las fuerzas villistas.

Después de un pequeño encuentro a las puertas de la capital del estado y mientras los federales les disparaban unos cuantos cañonazos, los revolucionarios continuaron hacia el norte a lo largo de la vía férrea.

El general Villa ordenó que la vía fuera destruida, y la tarea se llevó a cabo conforme los villistas iban avanzando. De trecho en trecho se iban apilando los durmientes y encima de ellos eran colocados los rieles; el fuego hacía el resto.

Cerca de ochenta kilómetros de vía quedaron totalmente destruidos hasta que los villistas llegaron a una estación donde lograron detener una máquina y dos furgones de carga.

Abordo de los dos carros el general hizo que saliera un grupo de hombres hacia el norte, ordenando que se cuidara de ser descubierto por los federales. La gente fue trasladada así hasta las cercanías de Samalayuca. Los últimos en salir fueron Villa, Ángeles y sus lugartenientes.

Durante el trayecto de Samalayuca, el guerrillero, de acuerdo con el general Ángeles, trazó los planes para el ataque a Ciudad Juárez, determinando que las operaciones quedaran a cargo del general Martín López.

López fue instruido primero por Villa después por Ángeles, para que el ataque a la plaza fronteriza fuera llevado a cabo por el oriente y occidente, a fin de evitar que las balas pasaran a territorio americano.

Villa concentró sus fuerzas en Samalayuca e inmediatamente las hizo avanzar, a las órdenes de López, sobre Ciudad Juárez.

EL ATAQUE Y TOMA DE LA PLAZA

El tren se detuvo casi a las puertas de Juárez, donde López organizó dos columnas que rápidamente se lanzaron al ataque por los costados de la ciudad.

Acompañado de dos oficiales y de un reducido grupo de soldados, el general Ángeles se retiró hacia un punto de occidente para esperar el resultado del ataque. Villa se retiró también con un reducido número de gente armada hacia un punto de oriente de la plaza amenazada.

Los soldados villistas se precipitaron sobre Juárez con tal decisión que en poco tiempo quedaron dueños de la plaza.

Gómez Morentín permaneció, durante el combate, al lado del general Villa.

El convencionismo

El guerrillero no dudó un solo momento del éxito de la empresa, y sólo hizo saber a Gómez sus temores de que los soldados americanos interviniieran en la lucha.

—*No sé qué me da, Gomitos, que pa' la noche los americanos van a estar disfrazados con nosotros.*

Tranquilamente esperó el parte de Martín López, que llegó tres o cuatro horas después. López informó a Villa que sus fuerzas ocupaban la ciudad y que los federales a las órdenes del general Francisco González y de los coronelos José Gonzalo Escobar y Francisco del Arco se habían retirado del fuerte Hidalgo.

Villa montó a caballo y después de ordenar a Gómez Morentín que se dirigiera al lugar donde se encontraba el general Ángeles para que le comunicara el resultado de la acción y se concentrara inmediatamente en Juárez, partió al galope seguido de sus ayudantes, al centro de la plaza.

Gómez llegó al lugar donde se encontraba Ángeles, informándole el resultado del combate. El ex director del Colegio Militar indicó a Gómez la conveniencia de que se incorporara al general Villa, agregando que él también partiría momentos después.

Al llegar Gómez Morentín, acompañado de tres soldados, a las primeras calles de Ciudad Juárez, escuchó hacia el centro de la población un fuerte tiroteo; avanzó con grandes precauciones cuando de pronto se encontró con un grupo de federales.

Un minuto después, los dos grupos cambiaban los primeros tiros, optando Gómez Morentín por retirarse hacia el camino por donde debía avanzar el general Ángeles. Gómez alcanzó a Ángeles en los momentos en que montaba a caballo, informándole lo que había pasado, e indicándole la necesidad de esperar nuevos informes del general Villa. Éstos no se hicieron esperar. Villa pidió al general Ángeles, por medio de un ayudante, que rápidamente se concentrara a su campamento.

Cuando los dos generales estuvieron reunidos, el general Martín López les informó que los soldados, al sentirse dueños de la plaza y al ver que los federales se habían retirado al fuerte Hidalgo, se habían dedicado al saqueo, lo cual fue aprovechado por un grupo de soldados federales que, a las órdenes del coronel Del Arco, recuperó la plaza.

INTERVIENEN LOS AMERICANOS

Villa estaba encendido y, con palabras violentas, ordenó a sus lugartenientes que todas las fuerzas fueran reunidas por el lado del hipódromo para realizar el combate a las tres de la tarde, bajo su mando directo.

El combate fue reiniciado con grandes bríos, exactamente a las tres de la tarde. Dos horas después, los villistas avanzaban sobre los federales con paso firme. La victoria era esperada de un momento a otro.

Como a las siete de la tarde, un oficial de órdenes del general López llegó precipitadamente al lugar desde donde los generales Villa y Ángeles hacían observaciones, informando que se había visto a un grupo de soldados americanos cruzar la línea divisoria y avanzar por la retaguardia de las fuerzas villistas. El guerrillero escuchó serenamente el informe del oficial, diciendo al general Ángeles:

—Mi general, ya me esperaba esto; pero así de seguro como estoy de que hay Dios en el cielo, así de seguro estoy que mis muchachos no han disparado un solo tiro pa'l lado americano.

Villa ordenó al oficial que partiera inmediatamente y dijera a López que suspendiera las operaciones; que evitara cualquier encuentro con las tropas americanas y que se concentrara con la gente de Samalayuca.

Nuevos informes sobre el avance de los soldados americanos hacia el sur llegaron al general Villa, mientras que serenamente veía cómo los primeros grupos de sus hombres se retiraban poco a poco hacia el sur, hacia el rumbo que había ordenado.

El general Villa pasó la noche en pie junto con el general Ángeles; ya en la madrugada dispuso que Martín López se situara nuevamente en las cercanías de Juárez y en un punto llamado Las Partidas. Pero apenas aclaraba cuando los exploradores le comunicaron que los americanos continuaban avanzando lentamente hacia el punto donde estaban concentrados los villistas.

—Mi general, los americanos aranzan! —comunicó Villa a Ángeles.

Los generales se retiraron paso a paso a una loma cercana desde donde podían dominar una gran extensión.

Hacían observaciones los dos jefes, cuando los cañones de Fort Bliss, en El Paso, hicieron fuego. Algunas granadas cayeron y estallaron cerca del lugar donde se encontraban las fuerzas revolucionarias en espera de la orden de ataque a la plaza.

El convencionismo

El general Villa se reunió al general López, que lo esperaba en Las Partidas, ordenándole que poco a poco las fuerzas se retiraran por tierra hasta Villa Ahumada.

Villa, acompañado de un grupo de hombres, se retiró también hacia el sur, y al llegar a Samalayuca, tomó el pequeño tren y continuó hacia Villa Ahumada.

UNA SUGESTIÓN OPORTUNA

Desde el momento de haber tenido conocimiento de que los soldados americanos habían cruzado la línea divisoria, el general Villa parecía hondamente preocupado. Al llegar a Villa Ahumada dió nuevas órdenes para que sus hombres siguieran por tierra hasta la hacienda de San Diego.

Ángeles estaba sobrio y parecía rehuir todo encuentro con el guerrillero. Ya en Villa Ahumada y momentos antes de que el general Villa abandonara la población para reunirse con sus tropas en la hacienda de San Diego, Alfonso Gómez Morentín le dijo:

—Mi general, yo creo que esto no se debe quedar así. Los soldados americanos han invadido el territorio mexicano y aunque usted no tiene derecho para presentar reclamación alguna, sí lo tiene, cuando menos, para saber la causa por la cual fuimos cañoneados por el Fuerte Bliss. Creo, mi general, que usted debe pedir una explicación al general Erwin, comandante militar en El Paso.

—¿Y qué objeto tiene eso, Gomitos? —interrogó con viveza el guerrillero.

—Mi general, cuando menos, saber a qué atenerse... Para saber qué hacer en caso de un nuevo ataque a Juárez o a otra ciudad fronteriza.

—A ver, llámame a Ángeles a ver qué opina.

Hizo Villa que Gómez Morentín repitiera la proposición al general Ángeles, quien desde luego opinó que no solamente era justa, sino necesaria. Convencido por la opinión del ex director del Colegio Militar, el guerrillero nombró a Ángeles para que en compañía de Gómez Morentín se dirigiera a un punto en la frontera con el objeto de conferenciar con el general Erwin.

Ángeles y Gómez Morentín, escoltados por un grupo de hombres, se pusieron inmediatamente en marcha, al mismo tiempo que se enviaba un individuo a El Paso, para poner al corriente de lo que se pretendía hacer, a los partidarios de confianza del general Villa.

Al día siguiente los dos comisionados estaban frente a la línea divisoria. El general Ángeles redactó entonces una comunicación dirigida al general americano, en la que se decía que tenía deseos de celebrar una conferencia con el fin de conocer las causas por las cuales los soldados de los Estados Unidos habían tomado participación en el combate de Ciudad Juárez.

La comunicación terminaba diciendo que la petición era hecha “basado en la camaradería que siempre ha reinado entre los militares de todos los países, y no como el representante de una facción política mexicana”.

CON EL GENERAL ERWIN

Gómez Morentín fue comisionado por Ángeles para ir a El Paso y entregar la comunicación al general Erwin.

El comisionado cruzó la línea divisoria y acompañado de varios agentes villistas que lo esperaban en territorio americano, emprendió el camino a pie hasta un lugar donde don Teodoro Kyriacópulos, amigo personal del general Villa, lo esperaba en automóvil. Gómez informó a don Teodoro el objeto de su comisión, al mismo tiempo que le suplicó lo llevara a la residencia de don Manuel Bonilla, ex secretario de Fomento en el gabinete del presidente Madero y prominente villista, para invitarlo a que tomara parte en las conferencias con el jefe del cuartel general americano.

Ya en la residencia del señor Bonilla, Gómez lo puso al corriente de la situación, invitándolo a tomar parte en la conferencia con el general americano, a lo que accedió don Manuel.

Unos cuantos minutos después, los villistas fueron advertidos por un oficial del cuartel general americano, que el general Erwin los esperaba en su residencia privada.

Los tres villistas fueron recibidos en la residencia del general americano y conducidos a la sala, en la cual, momentos después, apareció un caballero alto y ya de edad madura, quien con tono de gravedad, dijo:

—*General Erwin.*

Los tres caballeros se pusieron de pie y el general preguntó con severidad:

—*¿Quién es la persona que viene de México?*

Gómez Morentín se adelantó y entregó al general Erwin la carta escrita por el general Ángeles.

El convencionismo

FRACASO

Sin hacer gesto alguno, leyó muy despacio la carta, diciendo al fin:

—*Los señores harán el favor de pasar al cuartel general dentro de una hora.*

Era cerca de la medianoche cuando Bonilla y Gómez Morentín llegaron al cuartel general. El señor Kyriacópulos se había retirado a su domicilio por acuerdo de los otros comisionados.

Más de tres horas esperaron Gómez Morentín y el ex secretario de Fomento en la antesala del cuartel general americano. Al fin, un oficial los invitó a pasar al despacho del general en jefe.

El despacho, al entrar los dos comisionados, presentaba un imponente aspecto. Tras de una mesa ministerial, estaba de pie el general Erwin. Rodeaban al general americano más de treinta personas, la mayor parte de ellas vistiendo el uniforme militar.

—*¿Quién es la persona que ha venido de México?* —preguntó Erwin con sequedad.

—*Caballero* —le dijo el general americano—, *informe usted a la persona que firma la carta que usted me ha entregado, que el gobierno americano ha reconocido a un gobierno en México y que, por lo tanto, no puedo dar las explicaciones que se me piden...*

Sin dar tiempo a que Gómez respondiera, el general agregó con mayor severidad:

—*Ahora, caballero, quiero que me diga si usted entró legalmente a los Estados Unidos.*

—*No, señor, crucé la frontera por un lugar cercano a Ciudad Juárez* —contestó Gómez Morentín.

—*Caballero, como usted ha infringido las leyes de migración de los Estados Unidos, me veo en la necesidad de entregarlo al Departamento de Justicia... Míster Johnson* —agregó el general dirigiéndose a un caballero que se encontraba a su vera—, *tiene usted a su disposición al señor...*

—*Alfonso Gómez Morentín...* —interrumpió el aludido.

—*Buenas noches, caballero* —terminó diciendo el general Erwin, mientras que Gómez Morentín era tomado del brazo por el jefe del Departamento de Justicia y conducido a la antesala del cuartel general.

Gómez se despidió de don Manuel Bonilla, y media hora después era conducido en un automóvil hasta Isleta.

José C. Valadés

EN LIBERTAD

—*¿Por donde cruzó usted la frontera?* —preguntó el jefe del Departamento de Justicia al comisionado villista, al llegar Isleta.

—*Por aquí cerca, míster Johnson* —contestó Gómez.

—*Señor Gómez, como supongo que usted no pretenderá permanecer ilegalmente en Estados Unidos, desde este momento está libre, suplicándole que a la mayor brevedad posible abandone este país.*

Teniendo prisa por ir a informar al general Ángeles sobre el resultado de su comisión, Gómez Morentín anduvo a pie casi toda la noche, y en la madrugada cruzó la línea divisoria, dirigiéndose al lugar donde se había quedado el general Ángeles.

Pero al llegar al lugar de cita, el ex director del Colegio Militar había marchado al sur, habiendo dejado a un grupo de hombres, cuyo jefe informó al delegado que tenía instrucciones de llevarlo hasta el sitio donde estaba el general Villa. Al reunirse con los generales Villa y Ángeles, Gómez les refirió detalladamente el resultado de su comisión.

Ninguno de los generales pareció sorprenderse por la actitud que había asumido el general Erwin. Una resolución fue tomada secretamente por los dos jefes, cuando al día siguiente se separaron, marchando Ángeles hacia el sur al frente de un pequeño grupo, mientras que el guerrillero, con el grueso de la columna, se encaminó al norte del estado de Chihuahua.

Desde que fue iniciada la marcha hacia el norte, empezó a rumorarse entre los soldados que el general Villa se dirigía a la frontera americana y que no sería difícil que atacara algún poblado de los Estados Unidos.

(Continuará el próximo número)

Magazín de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 15 de marzo de 1931, año v, núm. 181, pp. 10-12, 15.